

# Un regalo de vida y esperanza

---

## *Javier Mosquera*

“Mira que raro. Ya vienes otra vez”, bromeaba Manolo al verme llegar al Puente. Él estaba, como siempre, sentado en la baranda de cemento que separaba la casa de la calle. Allí esperaba todos los días en la tarde a que bajara la gente. Entonces aprovechaba para darle un beso a cada uno de sus “hijos” y... Para estar. Para que todos supieran que tenían alguien que velaba por ellos.

Por supuesto que me lo decía de broma. Bien sabía que poco a poco me fue metiendo en el corazón a los muchachos, y que una vez atrapado, difícilmente iba a poder salir. Porque si algo tenía Manolo, era el testimonio de su vida. Ni siquiera tenía que decir muchas cosas para convencer. Simplemente algo en él invitaba a seguirlo en sus ideas y sueños.

Quisiera haberlo conocido mucho más. Yo estuve junto a él sólo dos años y medio... Pero ese corto tiempo bastó para voltear mi vida de cabeza. Eso es lo que pienso contar en este pequeño testimonio.

Después de haber estado viviendo diez años en México, volví con mi familia a Guatemala. Ya tenía a mis dos hijos y cuando tuve que decidir en dónde quería que crecieran, opté por volver. Tuve que salir al exilio porque participé en el movimiento revolucionario. Yo era uno de los que trabajaban con el Cuache Pellecer.

Al regresar, tuve la oportunidad de empezar a ganarme la vida con un negocio de educación en computación. Y cuando éste dio lo suficiente como para estar tranquilo, decidí retomar mi viejo sueño de escribir y de estudiar letras. He publicado tres libros de cuentos. En los dos primeros, sobre todo, puede percibirse el resumen de lo que, hasta ese momento, me había quedado de los años de juventud y exilio. El antiguo sueño de cambiar al mundo había terminado y en ese entonces me quedaban muy pocas esperanzas de que la realidad pudiera cambiarse, por mucho esfuerzo que se pusiera.

La escritura se convirtió en el medio para sacar fuera de mí la frustración y el desencanto de la vida.

El tener el negocio de computadoras me permitió ofrecer mis servicios en el Colegio Loyola. Después de algunos años allí, llegó de maestrillo Goyo Vasquez, quien a su vez vivía en San Antonio y trabajaba con Manolo. Y fue él quien nos puso en contacto.

Por aquel tiempo ya estaba funcionando el Proyecto Educativo Laboral Puente Belice. El edificio del colegio estaba en el barrio San Antonio y Manolo quería que los muchachos aprendieran a usar las computadoras. Goyo le habló de mí.

Recuerdo que concertamos una cita en el Loyola en la que también participó mi amiga y compañera de trabajo, Walda Flores, quien era la responsable de nuestra empresa en el Loyola. En cuanto se sentó y lo escuché hablar, le pregunté “¿vos sos Gallego?”. Claro, me respondió, “¿y vos?”. “O meu avo”, le respondí.

Creo que ese detalle sirvió para que entre los dos naciera una especie de complicidad. No por el hecho de solucionar lo de las clases de computación. Eso se resolvería con un par de detalles, sino porque de alguna forma compartíamos origen y, en adelante, sueños...

No puedo explicar cuál fue la primera impresión que me provocó, pero algo intuí. Unos días después le comenté a Walda que el problema no era ir a dar clases al Puente, sino hasta

dónde estábamos dispuestos a involucrarnos. Creo que en esa primera vez, vi en los ojos de Manolo la imagen del futuro que me esperaba.

Luego fuimos, junto con mi hermano Ignacio, a conocer la casa del padre en el Puente. La idea era hacer un segundo piso allí para poner el aula de computación. Y si la primera impresión que tuve de Manolo fue inquietante, la segunda fue devastadora. La casa del puente es cualquier cosa, menos cómoda. Paco Iznardo puede dar fe de su humedad, de lo oscura que quedó después de la reforma... No quiero pecar de sentimentalista pasado de moda, sólo quiero decir que si la hubiera conocido en los setenta, no me hubiera extrañado gran cosa que allí vivieran jesuitas. Pero ahora, cuando ya tenía tan lejos la imagen de los curas comprometidos (salvo algunas las excepciones), no me cabía en la cabeza cómo este gallego grandote y al que se le miraba un poco enfermo, tuviera el coraje de vivir allí. Y es que, además, yo tenía años de no poner un pie en un área marginal, y menos en una peligrosa, como aquella.

Quedó terminada el aula y mientras encontrábamos a un maestro que diera clases, decidí empezar a dar el curso yo mismo. Todavía, en ese entonces, mi idea era contratar un maestro y llegar a supervisar sólo muy de vez en cuando. Pero algo dentro de mí sabía que eso no iba a pasar.

Mucho menos cuando empecé a conocer a los muchachos y a vivir de cerca el amor que Manolo les tenía. La paciencia de padre, para quererlos y también para educarlos y regañarlos. Por ejemplo, no habían pasado ni tres sábados, cuando ya había echado a tres o cuatro del curso por llegar tarde o por no llegar.

El primer mes me ocupé sólo de las clases y apenas platicaba unos momentos con Manolo, al iniciar o en los cambios de período. Pero en la medida en la que fuimos avanzando, ya podía dejar trabajar solos a los patojos y bajaba a conversar. Manolo generalmente estaba pelando las verduras junto con Marielos, para preparar la sopa de los domingos.

Y allí empezamos a compartir las pequeñas cotidianidades de la vida. Me enteré de sus dolencias, que no salían en la conversación como quejas, sino más bien como anécdotas, además de los retazos de su paso por Tocoa, por Arcatao, por Xove, por Gijón. Yo a veces tenía que adivinar un poco de lo que hablaba, pues creo que él asumía que yo sabía de lo que me contaba y yo nada sabía.

Pero sobre todo me hablaba de sus patojos, de la esperanza que tenía en ellos. De cómo los quería. “Yo no sé si van a salir adelante”, me dijo un sábado, “pero quiero que por lo menos sientan que alguna vez en la vida alguien se interesó en ellos”.

Unos meses después de iniciadas las clases, leí en un diario que un muchacho del Colegio Puente Belice había sido asesinado. Inmediatamente llamé a Manolo. Y sí. José Antonio había caído abatido a balazos y Paolo, herido. La Negrita se había salvado de milagro. Le pusieron una escuadra en la cabeza y dispararon. Pero ya no tenía balas. Le pregunté a Manolo si iba a haber clases al día siguiente. Y me dijo que sí, pero que sólo los primeros períodos. Luego iríamos a la misa y a enterrar a José Antonio.

Hay algunos días especiales, que marcan la vida. Ese fue uno. José Antonio había sido mi alumno durante sólo un mes y medio. Por ello yo todavía no lo identificaba muy bien. Pero cuando percibí el dolor de Manolo por la muerte de uno de sus hijos, sin decirme nada, me mostró que si quería seguir allí, estos jóvenes debían ser mucho más que simples alumnos. Su sufrimiento me exigía meterlos dentro del corazón.

La misa la dio Fallita. Recuerdo que después, cuando esperábamos afuera que se solucionaran los trámites para enterrar a José Antonio, Ricardo se puso a hablar con La Negra. Manolo ya nos había contado lo de la pistola sin balas. Pero Fallita la llamó a sentarse a su lado y le pidió que le contara. Al oírla, sentí rabia e impotencia. Imaginé entonces lo que sentía Manolo.

Más tarde, en mi casa, lo único que pude hacer fue escribir un poema. Además lo hice en gallego, pues sentía que esa era una forma de rechazo a esta Guatemala que cada vez comprendía menos.

Se lo di a Manolo y el me lo agradeció mucho y se lo tradujo a la Negrita. "Sólo hay una palabra que no entendí", me dijo. Creo que para burlarse un poco de mi mal gallego.

Fue necesario cambiar el colegio de lugar. Manolo tenía buena relación con el presidente Berger, así que éste le ofreció usar la antigua escuela de Educación Física. Y para allí nos pasamos.

Las clases de computación siguieron su curso, los sábados por la mañana. Pero Manolo tenía el interés en que este servicio también se le ofreciera a la comunidad. Entonces se organizaron dos grupos. Uno entre semana, por las tardes, y otro los domingos, de siete a nueve, antes de la misa.

Para impartir los cursos entre semana, contratamos a una maestra y yo me encargué de las del domingo. Las primeras veces, sólo terminaban las clases y yo regresaba a mi casa a desayunar. Pero casi siempre, antes de partir, ya había llegado Chema Macho. Fue entonces cuando lo conocí. Él llegaba casi todos los domingos a ayudar a Manolo con la misa.

El día en que se celebraban las primeras comuniones, me quedé. Y luego también me quedé en otras ocasiones, sobre todo porque después podíamos conversar un buen rato. Uno de esos domingos Manolo me dijo, "porqué no te quedas un rato, así compartes un vino con nosotros".

Antes del almuerzo con todos los patojos, mientras ellos daban catecismo y otras clases, Manolo y Chema organizaban una tertulia con quesos, alguna vez chorizos y una botella de vino. Bien pronto me uní a esa "sana costumbre" y luego también empecé a quedarme a almorzar.

Durante esas tertulias me acerqué mucho más a Manolo. Hablábamos de muchas cosas. A veces me contaba sus sue-

ños y frustraciones. Y otras la conversación era de cualquier cosa. Desde fútbol hasta literatura.

Allí fue donde terminé de entender cómo Manolo era radical en el compromiso, y qué exigía esa radicalidad a sus hermanos. Y me la exigía a mí sin decírmelo, sólo por compartir con él. A veces, por ello, se sentía frustrado y a lo mejor un poco solo. Esas tertulias del domingo eran una especie de refugio. Le hacían olvidarse por un rato de la gran responsabilidad que significaba el Puente.

Y es que Manolo lo sabía todo de la colonia. De cada patojo por quien le preguntaba, me contaba la vida. De cada señora que llegaba a hablarle, sabía los problemas. Pero iba más lejos. No eran los problemas de la comunidad, eran sus problemas, los de su familia y eso realmente lo afectaba. A mí me resultaba difícil entender cómo era que aguantaba esa presión con una salud tan precaria. Pero sobre todo, sigo sin comprender cómo con el corazón tan maltrecho que le quedaba, podía amar a tanta gente.

Cada vez yo me sentía mejor en el Puente. Sentía que los jóvenes se estaban convirtiendo en parte de mi vida. Y ello me llevaba a estar más tiempo allí. Tuve entonces que negociar en mi casa, pues mi familia reclamaba, con razón, que los fines de semana cada vez estaba menos. El arreglo fue que siempre iba a llegar a almorzar los domingos. Así que en el Puente, después de la misa, teníamos la tertulia y luego comíamos la sopa a las doce. Yo después iba a casa por un segundo almuerzo, a las dos y media, con muy poca hambre, eso sí.

Un poco antes de uno de los viajes de Manolo a España, creo que fue cuando se llevó a Blanca y a Verónica a Gijón, yo le regalé mis libros de cuentos. Se los di como se los doy a mucha gente que aprecio. Y algunos de estos amigos, luego de leerlos me comentan algo o simplemente me felicitan.

Ese día era sábado. Yo recibí una llamada como a las diez de la noche. Al oír a Manolo, inmediatamente pensé que algo malo había pasado. Pero no. Simplemente llamaba para decirme que había estado leyendo los cuentos de "Angélica en

la ventana" y que quería agradecerme por escribirlos, pues los habían tocado mucho. Nadie me había hecho un comentario así. No supe que decirle. Me emocionó mucho.

En realidad, desde hacía mucho, él me había tocado a mí el alma.

En septiembre del año pasado, un cooperante catalán que daba clase de Idioma en el colegio, decidió que se iba de regreso a España. Manolo me pidió que le consiguiera un reemplazante. A esas alturas del año eso iba a estar difícil. En parte para no complicarnos la vida, y sobre todo porque yo tenía muchas ganas, decidí tomar esas clases. Y así, ahora nos mirábamos casi todos los días.

Así fue pasando el tiempo. Con altibajos. A veces las cosas se ponían feas en la colonia, otras no tanto. Lo que no mejoraba era la salud de Manolo. Hizo un viaje a España para que le cambiaran el marcapaso y para que le arreglaran las piernas.

Las tenía tan inflamadas que se le hacían llagas y a veces no le entraban los zapatos. Pero él nunca se preocupaba mucho de eso. Una vez llegué a buscarlo a la parroquia del Barrio San Antonio. Allí estaba Fallita, que acababa de presentar su libro de Alicia. A Manolo se le ocurrió la idea de que por qué no hacíamos algo similar con algunos muchachos del puente. Yo le dije que no era antropólogo ni me sentía capaz, pero que algo podíamos intentar. Esa noche llegué entonces para hablar con Ricardo y que me diera algunas ideas.

Manolo estaba sentado en la sala, con las piernas en la mesa y la hermana Jackie le curaba las llagas. Pero él reía y bromeaba con Falla. Cuando regresó de España, me comentó que los doctores le dijeron que si se hubiera tardado un par de meses en ir, le habrían tenido que cortar las piernas. Y lo contaba tan tranquilo...

Sin que pueda asegurarlo, creo que Manolo supo cuando debía morir. Yo sabía que Paco Iznardo era quien le escribía los correos y le hacía los proyectos, pues Manolo no escribía a máquina. Y cuando no estaba Paco, pues era yo el secretario.

Así y todo, nunca habíamos coincidido con Paco, ni en el Barrio ni en el Puente. Ese domingo nos encontramos por primera vez. Además estaba Chema y algunos de los patojos. No todos.

Chema ya hizo una reseña de lo que sucedió.

Pero el que Paco estuviera allí, no era común. Casualidad o no, se podría decir que Manolo se fue el día en que nos juntamos los que de alguna forma u otra, seguiríamos con el Proyecto. Creo que quiso hacernos un último regalo.

La muerte de Manolo a muchos nos dio vida. Aunque la vida no siempre es fácil. Cuando íbamos rumbo al hospital, y yo intentaba correr lo más posible, con Manolo moribundo en el asiento de atrás y en los brazos de Irma, recuerdo claramente como ella le pedía que no la dejara sola, que se iba a portar bien, que nunca más la tendría que regañar. Y no pude evitar pensar en qué pasaría si ya no se recuperaba...

Ya en la misa del funeral, cuando los muchachos pasaron al frente a formar una frase con papeles, casi caigo en pánico. Comprendí la responsabilidad que se nos venía encima. Me daba mucho miedo, pero supe también que esto era un regalo de Manolo. Nos estaba regalando vida.

Como ya lo dije al principio, el tiempo que compartimos fue poco, aunque suficiente. Aunque sé que tal vez este relato no explique a fondo lo que Manolo pensaba, ni todo lo que hacía en el Puente, quiere explicar lo que su amistad hizo en mí. Es lo más sincero que puedo escribir.

Pero no soy el único que podría hacerlo. Este relato lo empecé a escribir en Lalín, Pontevedra. Estuve allí unos días descansando después de un intercambio que se hizo entre veinte muchachos del Proyecto y muchos más de la Escuela de Trabajo Social de Gijón. Un encuentro organizado por una ONG de allí, que se llama Seronda.

Seronda está formada por alumnos que tuvo Manolo en el Instituto Revillagigedo de Gijón y su único objetivo es apoyar los proyectos de Manolo. Por supuesto, nos siguen apoyando.



Pues ellos organizaron este encuentro donde, entre otras muchas actividades, iban a conocer a los “hijos” de Manolo. Cuando les oí hablar de él, cuando vi en sus ojos el cariño y la alegría con la que miraban a los patojos... Al saber que de ellos ninguno cobra nada por el trabajo de Seronda y que el tiempo que dedican es el de su vida, pues todos son trabajadores comunes y corrientes, y al ver que están dispuestos a darnos de lo que tienen, no de lo que les sobra, supe que esa vida que a mí me dio Manolo, ya se las había dado a ellos tiempo atrás.

Y pasa lo mismo con aquellos que lo conocieron en su Colegio de Vigo, en Gijón, en Xove, en Tocoa, en Arcatao. Si algo repartió Manolo por el mundo, fue un montón de vida llena de esperanza y sobre todo rebosante de amor.

¿Por qué todavía nos duele tanto su muerte? ¿Por qué cuando hablamos o escribimos de él se nos quiebran las palabras? No es sólo por el inmenso cariño y recuerdo que le tenemos. A lo mejor es también porque, lamentablemente, curas como Manolo, hoy más que hace veinte años, son la excepción y no la regla.

# A Manolo.

---

Silvia, Toño, Chito, Carasque, puente, Manaquil  
nombres, personas excluidas,  
Como los de galilea y los de Samaria,  
venían a mí alrededor sin licencia  
al pensar en la muerte tuya.

Manolo, tu nombre distribuido como el grano de maíz  
nace en la colonia Jesús Rojas  
en cada retablo quitado al poderoso  
en cada bloque que con ternura se sembró  
en los intentos por conquistar la madrugada escarpada.  
en cada caído que levantaste por amor.

Quedaron huérfanos, huérfanos están  
te reclaman en las plazas los jóvenes  
te hacen las tortillas las mujeres de delantal  
los campesinos te siembran en las praderas  
quieren otra vez verte de niño, de joven, de libertador  
Arcatao gime, la cañada se niega a dar a luz la madrugada  
Tiran flores al Hualsinga los riachuelos desbordados de dolor.

La obediencia te llevó al Padre  
al que escogiste seguir sin quitar la mano del arado.  
Dime, Manolo, ¿Cómo es el rostro de Dios?  
¿Cómo abrazan sus manos de Madre y Padre?  
El Todopoderoso no te era forastero  
porque cuando estuvo sin hogar, le diste una casa  
estuvo sin educación, le diste una escuela  
fue marero, creíste en él  
vivía marginalmente, te hiciste marginal con Él  
por eso, Toño, Silvia y Chito te reclaman y lloran.

Narsiso Crus, s.j.